ENRIQUECIMIENTO INEXPLICABLE

Andrés Acosta

Andrés Acosta

A mi tío el sacerdote lo sigue la policía desde hace un par de meses. Los agentes no creen que él esté limpio porque no ha explicado a nadie de dónde le sale tanto dinero, pero tampoco tienen pruebas de su posible participación en actividades ilegales, por eso se mantienen al acecho: esperan atrapar a mi tío haciendo contacto con un narcotraficante o con quien sea que le dé a lavar el dinero.

Las actividades de mi tío Pepe son tan rutinarias que exasperan a los agentes: se levanta a las cinco de la mañana, duerme sólo cuatro horas porque dice que los viejos necesitan menos sueño, se baña con agua fría, desayuna cereal con *yogurt*, y mientras riega sus rosales prepara mentalmente su sermón de las siete. El día se le va en celebrar misas y atender los problemas de la gente que llega a su despacho en la parroquia: siempre hace falta una silla de ruedas o un poco de consuelo ante la muerte de un familiar. Por la noche estudia la vida de san Pablo y lee los evangelios. Las únicas salidas que consume son las de los sábados en que nos visita y una que otra escapada al cine.

Así transcurren los días de mi tío el sacerdote, y así también las calles se pudren, apestan de tantos crímenes sin esclarecer, mientras un par de agentes de la policía permanecen fieles a él, turnándose cada veinticuatro horas con otro par idéntico, tras sus pasos de hombre que no hace más que levantar a los caídos.

Claro que no es común que alguien se enriquezca de la noche a la mañana sin explicación alguna, que cada vez que se levante del asiento, deje billetes olvidados o que las monedas rueden por el suelo cuando estornuda o se agacha para regar sus rosas, ¿pero acaso a las personas entre quienes distribuye su dinero les importa de dónde proviene?

La preocupación de mi tío siempre fue la falta de recursos económicos para arreglar el templo. Desde que la suerte le cambió a él, las bóvedas del edificio fueron recobrando sus colores originales, detrás de las manchas sombrías aparecieron ángeles imprevistos y las columnas se apuntalaron, pero al mismo tiempo se dio un proceso inverso en su persona: desapareció la sonrisa que solía tener, ya no muestra orgulloso sus hileras de dientes macizos, se nota más encorvado que nunca y la ropa parece aho-